



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II



7 de julio de 1888



Núm. 36



LAS QUEJAS DE UN PERRO



## EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



ADA día ofrece nuevos alicientes, mayores encantos, el hermoso recinto donde está emplazada la Exposición, haciéndose cada vez más difícil la misión del cronista encargado de reseñar sus innumerables bellezas; porque es preciso verla, visitar sus magníficos palacios, ver de cerca su grandiosa magnificencia, para apreciar debidamente toda la importancia del gran certamen que nos ocupa: de lo contrario es imposible formar idea aproximada de ella, pues que cuantas revistas y reseñas se escriben, por buenos que sean los deseos del escritor, sus descripciones sólo son comparables á rayos de sol transmitidos por medio de cristales ahumados; sombras de un gran astro, pero sombras al fin.

Al hablaros, en el último número, del globo cautivo, tan cerquita quedamos del Palacio de Bellas Artes, que fuera indisculpable no penetrar hoy en él. El edificio es hermoso y de esbelta construcción. En su planta baja tiene un salón grandioso destinado á conciertos y demás actos públicos. En él tuvo efecto la solemne apertura de la Exposición, inaugurada por S. M. la Reina Regente, en nombre de su augusto hijo el Rey D. Alfonso XIII, la tarde del 20 de mayo último; en él, ocho días después, se celebró la fiesta de los Juegos Florales, presididos asimismo por S. M., con tal lucimiento, que su recuerdo formará época en los poéticos anales de la típica fiesta literaria.

En ese espacioso edificio expone España, y cuantas naciones concurren á la Exposición, sus manifestaciones artísticas: esculturas, pinturas, dibujos planos, grabados y demás concerniente al fin á que el local está destinado, pero como quiera que no es tiempo todavía para que os manifieste mis impresiones sobre la exposición de bellas artes, nos detendremos en el salón que contiene las instalaciones de la Real Casa, que por todos conceptos merece capítulo aparte.

Allí se ven soberbias armaduras pertenecientes á Carlos V, Felipe II, y á dos niños príncipes, hijos de éste. Las hay de combate á pie, de montar, de torneo, y, finalmente, una de justa, cuya manopla empuña una lanza feudal. Perteneció á Carlos V. Intercalados entre esos deslumbradores armamentos de acero, se ven sillas de montar, panoplias conteniendo diversidad de armas, arneses de gran magnificencia, y cascos cuya cimera la constituye un verdadero surtidor de plumas de diversos colores. No podéis figuraros la poderosa emoción que causa la vista de ese aparato guerrero. Monarcas poderosos usaron esas armaduras en memorables combates: aquellas corazas sintieron el anheloso golpear de sus corazones, movidos unas veces por la inquietud y la incertidumbre, y otras rebosantes de gozo por éxitos conquistados; aquellos cascos cifraron frentes augustas, dentro de las cuales bullían ambiciones de grandes medidas, ideas grandiosas y cuanto es capaz de desprenderse del humano



brebro. Allí se ven, como principal complemento de las armaduras, las mascarillas de Carlos V y Felipe II, de severa majestad en su misma ficción.

Junto á estos testimonios guerreros, vense hermosos tapices del Escorial, libros antiguos de incalculable valor, así por lo primoroso de sus caracteres como por los esmaltes de sus pinturas, verdaderas obras del más perfecto arte; cajas de cristal de roca, porcelanas de la antigua fábrica del Buen Retiro, relicarios adornados de piedras preciosas, cálices y demás objetos destinados al culto; todo de tanta magnificencia como valor. Expone asimismo la Real Casa, varias tablitas, dos muebles de concha y oro, y un sofá y dos butacas, notables por su antigüedad. Como objetos modernos, vense, en una elegante vitrina, seis preciosos abanicos de S. M. la Reina, tan notables por su varillaje, de concha unos y de nácar los otros, con cifras de brillantes y corona real, como por los países pintados con delicado primor por los más afamados pintores españoles.

El conjunto de estas instalaciones es muy severo y agradable á la par, siendo su departamento uno de las más frecuentados por cuantos visitan el Palacio de Bellas Artes.

Antes de terminar os diré que la novedad de la semana ha sido la inauguración de la fuente mágica, sorprendente espectáculo que ha llamado grandemente la atención. Figuraos un fondo muy oscuro, del cual se desprende repentinamente una lluvia de piedras preciosas; y veréis las esmeraldas con sus diáfanas transparencias, las vivas luces de los rubíes, los dorados tornasoles de los topacios, y el centelleo de diamantinas flores que brotan entre chorros de polvo de oro. ¡Qué fascinación! ¡Qué mágica perspectiva! ¡Qué hermoso y sorprendente espectáculo! Más que simples juegos de agua le parece al espectador, palpable, evidente realidad lo que á su vista se desenvuelve, ya que no es posible llevar la ficción á un grado más primoroso.

Os recomiendo muy eficazmente, á los niños que residís en Barcelona, que visitéis una noche (con permiso de papá y mamá, por supuesto) la fuente mágica de la Exposición. Es consejo de amigo, que muy de veras lo es vuestro

BENJAMÍN





## LEJOS DE CASA

(EPISODIO DE UN SOLDADO)

El padre y la madre se hallaban en extremo entristecidos, pues estaba próxima la hora en que debían presenciar la partida de su único hijo, en el cual cifraban sus más lisonjeras esperanzas. Y quizás esta partida podría ser eterna; pues Rafael, que así se llamaba el hijo, era demandado



Conversación de dos niños

servicio de las armas, y sabido es que todo aquel que halla obligado á acudir á este mandato es lo mismo que entregarse en brazos de la muerte, pues generalmente en esto consiste toda su garantía.

Sólo dos horas faltaban para que aquellos padres, embargados por el más profundo pesar, viesan partir aquel ser tan querido, pues al amanecer ha de alejarse del lugar paterno.

La habitación en que éstos se encontraban era una piececita cuadrada, la cual recibía ventilación por una ventanita situada á poca distancia del techo.

En el centro de éste se hallaba suspendida una lámpara, la cual despedía una luz tan débil que apenas podía distinguirse cosa alguna en la habitación.

Reinaba un profundo silencio, el cual era interrumpido de vez en cuando por ahogados sollozos que salían de aquellos corazones abatidos por el dolor.

Pero ¿cómo no se comunicaban sus deseos, sus pensamientos, puesto que tan cortos momentos les restaban para separarse?

¿Cómo no fijaban toda su atención en que el día estaba muy próximo á rayar, y apenas tendrían tiempo para recomendarse las cosas más necesarias? Para responder á estas preguntas basta decir que muchas veces el dolor es tan elocuente que es hábil á contestar á todas las preguntas, por muy numerosas que éstas sean.

A medida que el tiempo avanzaba, la tenue claridad del día fué penetrando poco á poco á través de la ventana, iluminando débilmente los objetos de



la habitación, como asimismo los rostros de las personas, los cuales se hallaban cubiertos por una gran palidez, debida, sin duda, al insomnio.

Pero ninguno se había apercibido de la llegada del día, hasta que el sonoro canto del gallo vino á sacarles de su arrobamiento.

—¡El día!—exclaman todos de repente y sobresaltados. A poco el retumbante sonido de una trompeta les anunció que era llegado el momento de partida.

—¡Hijo del alma!—exclama la madre deshaciéndose en lágrimas.—¡Ya mis ojos no podrán contemplarte como lo hacía cuando te hallabas entregado al sueño! ¡Ya no podré favorecerte cuando en lejanas tierras el mal se posesione de tu cuerpo! Y, como vencida por el dolor, dejó caer la cabeza sobre el pecho de su hijo, al cual tenía abrazado.

¡Considerar, queridos camaradas, cuán intensa sería la pena de que se hallaba poseído el hijo; pues, al oír aquellas desgarradoras frases en labios de su madre, no acertaba á proferir palabras de consuelo!

Mientras tanto el padre se hallaba de pie contemplando aquel triste cuadro.

Por fin, Rafael, haciendo un esfuerzo sobrenatural, pudo contener sus lágrimas, y con voz en extremo emocionada exclamó:—¿No habéis escuchado ese sonido que acaba de hacer vibrar el aire? Pues bien: esa es la trompeta que me anuncia que debo incorporarme al regimiento.

—Marcha y que Dios te guíe,—contestó el padre.

Rafael abandona bruscamente los brazos de su madre, dejándola anonadada por el dolor, y corrió hacia el cuartel, donde debía comparecer sin tardanza.

Poco después los ecos de una música anunciaban que el regimiento abandonaba el lugar.

Un soldado dirigía hacia atrás frecuentes miradas como para contemplar por última vez el lugar de su nacimiento.

Era Rafael, el hijo infortunado.



Conversación de dos niños

Pasó un año, y en un caluroso día del mes de junio el ejército se hallaba acampado en las inmediaciones de un río, en cuya parte opuesta había estallado una rebelión.

Sonó una corneta, y la tropa se dispuso á la pelea.

Sucedieron los disparos, y entre los primeros soldados que cayeron heridos se oyó la voz de uno que exclamaba:—¡Herido, y sin el auxilio de mis padres!—Y sus párpados fueron cerrándose pausadamente.



Este soldado era Rafael, el cual no podía obtener su deseado auxilio, pues se hallaba lejos de casa.

MANUEL HERNAND

Sevilla, 25 mayo 1888



## URBANIDAD

**Y** sigue el bueno de D. Eduardo, maestro de niños que no pierde ocasión ni coyuntura en aleccionarlos.

—Luisito: tenemos que ajustar una cuenta pendiente.

—En no pasando de las cuatro reglas, no le temo á ningún número,—contestó el niño con toda la confianza que le permitía su aritmética.

—Esta cuenta no es de números.

—¡No es de números! Pues ¿hay cuentas sin números?

—¡Vaya si las hay! Esta es de mera urbanidad. Dime: ¿qué hace un niño bien criado cuando una persona de respeto le dirige una pregunta?

—Contestar.

—¡Pronto lo has dicho!

—¡Es eso tan sabido!

—¿Y si el niño está sentado?

—¡Ah! Entonces se levantará cortesmente, contestará con juicio, y no volverá á sentarse hasta que se acabe la pregunta, que diga la respuesta, ó antes si se lo mandan.

—Pues ayer no hiciste nada de eso en casa de D. Venancio cuando te preguntó el señor vicario de quién eres hijo.

—Pues lo sabía como ahora, pero me aturdo cuando me habla una persona de respeto.

—Antes al contrario, cuánto más respeto tenga la persona, más atento debe ser el niño; mayormente cuando nadie se come á los niños crudos. Pues ¿qué te pasaría entonces si tuvieras que hablar con el papa?

—Me desmayaría.

—No hay motivo para eso, hombre. El papa tampoco se come á los niños sino que les ama mucho, como el Divino Maestro. Después de todo, en contestando acordes y con todas las formas de la urbanidad, no puede exigirse más á un niño. ¿Qué tratamiento le darías al papa?

—Como nunca he de hablar con él...

—Eso es que no lo sabes.



- Sí lo sé.  
 —Pues dilo.  
 —Su Santísima Trinidad.  
 —¡No tan alto, niño, no tan alto!  
 —Su merced.  
 —Ni tan bajo.  
 —Entonces es que no lo sé.  
 —A ver si nos lo dice Manolo.



Día de mudanza

- Su Santidad.  
 —Eso es: Su Santidad ó Su Beatitud. Apréndelo bien, Luisito. ¿Cómo has olvidado una cosa que han de saber todos los cristianos?  
 —En cambio sé el tratamiento del rey: el rey se llama Alfonso XIII por la gracia de Dios y la Constitución.  
 —¡Hola!—exclamó el maestro sonriendo ante tan ingenua salida de tono. ¿Cómo no te aturdes ahora tratando con tan augusto señor?  
 —Porque es pequeño.  
 El bueno del maestro cortó en redondo las ingenuidades del niño, temiendo que disparatara más.  
 —Pepito,—dijo dirigiéndose á otro;—tú tampoco estuviste muy correcto ayer en casa de D. Venancio.  
 —Pero tuvo la culpa el niño de la casa, que me manchó la ropa nueva con la naranja. Es un niño muy mal criado y...



—¡Cuidado! No se ha de decir mal de los amigos.

—No es amigo mío, y luego me manchó la ropa nueva, comiéndose la naranja sin ninguna regla de urbanidad. La chupó primero, la peló con las uñas y se comió la cáscara.

—¿Cómo la pelarías tú?—le preguntó el maestro.

—¿Yo? Con todas las reglas del arte: se la daría á la criada para que me la partiera á ruedas, con azúcar, y me la comería con cuchillo y tenedor.

—Es el mejor modo de pelarla. Pero supongamos que no tienes criada, ni tenedor, ni cuchillo, que es el caso de ayer.

—No sé cómo hacerlo sin faltar á las reglas. Si me diera V. siquiera un cuchillo...

—Te lo concedo.

—Pues cortaría á la redonda la cáscara, que no me comería; y, ya mondada la naranja, la abriría con las dos manos, pero con mucho cuidado y limpieza para no mancharme á mí ni á los demás, les daría un casco á cada compañero y me comería yo otro.

—Eres tan generoso como limpio.

—Para darle una lección á aquel niño mal criado.

—¡Cuidado! No hay que poner faltas á nadie, ni todos han de ser tan perezosos como tú en esto de mondar y comerse una naranja. Buen provecho y á estudiar.

C. NAVARRO







## LA CAÑA Y EL TOMILLO

(APÓLOGO).

La cimbradora caña  
una vez se expresó de esta manera:  
—Soy religiosa, y de mi fe sincera  
puedo dar una prueba indubitable  
en que al pasar el viento  
permite el Cielo que hable  
para que sepa el llano y la montaña  
que alabo al Creador del firmamento.

—Y yo,—dijo un tomillo  
que la escuchaba desde la alta sierra,—  
soy también religioso:  
siempre postrado en tierra,  
ante el nombre de Dios débil me humillo  
y le alabo gozoso  
cuando la brisa pasa mansamente  
sin levantar la voz, mas Él me siente.

ADALMIRO MONTERO



Los vientos de verano



## ✻ NUESTROS GRABADOS ✻

### LAS QUEJAS DE UN PERRO

Me llamo *Milord*, y soy un perrito muy gracioso, de lanas rizadas y sedosas. Suelo ser bastante feliz, porque mi ama es una amable y linda niña de cabellos de oro, que llama la atención por su belleza. Me profesa el mayor cariño, ó al menos yo lo creo así por la frecuencia con que me acaricia, permitiéndome lamer sus manos. Llámase Irene, y es tan amable que yo nunca me enfadaría si no fuera por *Tomás*, un gatazo que aborrezco. Yo quisiera que se muriese, y si fuese bastante grande para medirme con él le arrojaría al río; pero tiene las uñas muy largas y nada puedo intentar. *Tomás* devora todo cuanto le dan, y después se acerca á mí gruñendo para arrancarme mi ración; de modo que siempre tengo hambre; tanto, que me comería el gato con pelaje y todo si me fuera posible.

Lo peor de todo es que mi ama le quiere casi tanto como á mí: también le acaricia y le coge en brazos. Yo salto para morderle; mas entonces mi ama me riñe, llamándome envidioso.

¡Yo envidioso de un gato tan feo! ¡Cómo podría estarlo! Cuando me dicen tal cosa corro á esconderme en un rincón, donde me dejaría morir de buena gana si no me molestasen tanto las moscas.

### CONVERSACIÓN DE DOS NIÑOS

—¿Has visto alguna vez á los Reyes?—preguntaba el niño Ricardo á un amiguito suyo.

—Varias veces lo intenté, pero no lo he conseguido nunca.

—Pues mi mamá los ha visto cada año.

—Yo quisiera estar siempre á su lado, porque siempre regalan cosas á los niños.

—Me han dicho que suben por el balcón. Mamá me dijo un día que me ocultara detrás de él cuando los Reyes subieran; pero sin duda advirtieron mi presencia, porque huyeron cuando estaban ya arriba.

—Seguramente no quieren que los vean los niños, pues á mí también me aseguró papá varias veces que los vería, y nunca lo he conseguido. El aya dice que los Reyes son papá y mamá.

—No lo creas: yo he oído asegurar que habitan en un palacio, donde siempre hace mucho frío.

—No creo que el aya sepa mucho sobre esto. Yo preguntaré otra vez á papá, y, cuando averigüe lo que hay de cierto, ya te lo diré para desvanecer tus dudas.

### DÍA DE MUDANZA

El niño Jaime tenía cuatro años cuando su padre quiso mudar de domicilio. La antigua casa estaba situada en el lindero del bosque. En ella había nacido el chico, y desde que pudo andar por sí solo su mayor placer fué ir á jugar entre la espesura y los frondosos árboles. Por eso su mamá y su hermanita Catalina sentían mucho abandonar la antigua casa; tanto, que no pudieron contener sus lágrimas el día de la mudanza; pero á Jaime le gustaba el cambio y el movimiento, y estaba muy alegre.

El padre marchó primero á la nueva casa para tomar posesión de ella, y luego llegó un hombre con una carreta para llevarse los muebles. Cuando estuvo cargado, Catalina y su madre se pusieron en marcha por una vereda del bosque, llevando en un cesto los vasos y las copas, y otras cosas delicadas, fáciles de romper.

—¡Ven con nosotras, Jaime!—gritó la mamá desde lejos.

—¡Oh! Es preciso que yo vaya detrás de la carreta por si se cae algo,—replicó el chico.

—Mira que está muy lejos por ese camino, y que te cansarás,—repuso la madre sonriéndose.

—Déjele V. ir,—dijo Catalina;—así no perderemos ningún objeto.

La carreta, tirada por bueyes, prosiguió lentamente su marcha, y Jaime la siguió, fija



la atención en una cafetera mal colocada que, pendiente de una cuerda fuera del vehículo, moviase de continuo como si fuese á caer.

El chico tropezó dos veces y cayó, porque siempre iba mirando hacia arriba, sin ver por donde andaba; hasta que al fin el carretero, notando en el chico señales de cansancio, le dijo:

—Amiguito mío: si tú quieres te sentaré sobre la carga, y cuidarás de que los bueyes sigan su camino.

Había un poco de paja entre las sillas, con un hueco suficiente para el niño: Jaime consintió, y el carretero le puso allí cómodamente: tanto, que á los cinco minutos quedó sumido en profundo sueño.

Cuando llegaron á la nueva casa, el carretero bajó al chico, diciendo: —¡Aquí está el hombrequito que ha cuidado de la carga!

Jaime había dormido tan perfectamente, que al despertar se mostró dispuesto á prestar su ayuda para el arreglo de la casa.

## LOS VIENTOS DE VERANO

¡Soplad, vientos, soplad, que, por mucha que sea vuestra violencia, no impediréis que los viñedos crezcan en los sitios donde ya apuntan los racimos y donde el sol se refleja en sus blandos lechos!

¡Soplad, vientos, soplad con incesante furia, que vuestro sordo rumor no anuncia la borrasca, y por eso las chicharras comienzan á cantar, porque hasta ellas saben que sois precursores de la canícula! La primavera está ya lejos, y vuestro ruidoso mugido sólo nos anuncia esos ardientes días en que la naturaleza conviende á hacer la siesta.



El árbol de Navidad en el territorio indio

## EL ÁRBOL DE NAVIDAD EN EL TERRITORIO INDIO

Éranse dos niños muy aficionados á los juguetes, pero que, viviendo en territorio indio, en una factoría, hallábanse á larga distancia de todo centro habitado y de la ciudad.

La víspera de Noche Buena el padre llevó un arbolillo y adornólo con papel de oro y plata y vistosas flores. Después colgó de las ramas todos los juguetes que pudo obtener, y en la cima de la copa puso una pintura que representaba á los Reyes Magos.

El árbol de Navidad no era exactamente como el que se forma en algunas grandes



ciudades: parecía algo pobre; pero complació mucho á los niños, porque no habían visto nunca nada mejor, y sobre todo porque no faltaban los juguetes. Esto les hizo olvidar que estaban lejos de su patria, y fueron felices aquella Pascua de Navidad.

### EL GATO PESCADOR

*Miniquín* tenía hambre. Su ama había salido, y la cocinera le ahuyentaba apenas le veía entrar en la cocina, de modo que el pobre gato no tenía quién le diese de comer, y era preciso que buscara de por sí su alimento. Inútil era acechar el agujero de los ratones; y cuanto á los pájaros que frecuentaban el jardín, no había medio de acercarse á ninguno.

*Miniquín* reflexionó detenidamente, y al fin dirigióse á la orilla del río y agachóse sobre la arena, no para contemplar las cristalinas ondas, sino para ver si atrapaba algún pez.

Al poco tiempo el gato introdujo de repente la pata en el agua, y sacó entre las uñas un pececillo, el cual devoró al punto con mucha satisfacción.

Al día siguiente, como le aquejara de nuevo el hambre, recordó su pesca del día anterior



El gato pescador

rior y fuese otra vez al río. Esta vez vió una cosa larga y negruzca que se movía en la corriente, y, aprovechando aquella ocasión de no mojarse tanto, saltó sobre la presa, que era una hermosa anguila.

Entonces *Miniquín* pensó que sería aquélla buena oportunidad de darle una lección á la cocinera, tan poco caritativa con él cuando tenía hambre; y cogiendo la anguila entre los dientes, volvióse á casa y fué á depositar su presa á los pies de la cocinera; pero ésta creyó que era una culebra y comenzó á gritar.

En aquel momento llegaron, por casualidad, la señora y su esposo, y, corriendo para ver qué ocurría, no pudieron menos de reírse al ver á la cocinera tan asustada ante una tan ofensiva anguila.

Si *Miniquín* iba á pescar después, hacíalo por puro recreo, pues ya no volvió á padecer hambre desde aquel día.

Seguramente la cocinera no pensaba que el gato había querido devolver bien por mal.

### LA YUNTA DE PEDRO

Arturo tenía cuatro años, y había ido con su mamá á pasar algunos días en el campo en una deliciosa granja.

La primera noche el niño se sentó junto á su mamá á la puerta de la calle, donde estuvo muy distraído con todo lo que veía; pero al fin la brisa comenzó á refrescar demasiado, y entonces la mamá dijo al niño que ya era hora de retirarse á dormir.

Arturo arrugó el entrecejo y no se movió, aunque sabía que era hora de acostarse. Agrádábale más estar allí hablando y riendo que irse tan temprano á la cama, y resolvió no moverse; de modo que cuando su mamá volvió á llamarle, murmuró más que antes, diciéndole que era demasiado temprano.



En aquel momento un joven de la granja se acercó á Arturo, y le dijo:

—Si eres buen muchacho y obedeces á tu mamá te llevaré mañana, temprano á paseo en un carricoche tirado por mi yunta.



El gato pescador

—¿Tienes jacas?—preguntó Arturo.

—No son jacas,—repuso Pedro sonriéndose.

—Serán caballos grandes,—dijo el niño.

—Tampoco: ya lo verás mañana: es una yunta que tal vez no te haya conducido antes.

—Quizás sean perros,—replicó Arturo.

—O ciervos,—añadió la mamá.

Pedro movió la cabeza negativamente.

—Pues dime qué animales son,—insistió Arturo.

—Lo mejor que puedes hacer ahora,—dijo Pedro sonriéndose,—es irte á la cama, como lo quiere tu mamá, á fin de levantarte mañana muy temprano, pues así podremos dar un paseo antes de almorzar.

Arturo consintió en acostarse y retirarse, cavilando qué clase de animales serían los de Pedro.

A la mañana siguiente el niño estaba tan deseoso de salir, que le pareció que su mamá le vestía muy despacio, aunque sólo tardó cinco minutos; y apenas le dejaron, bajó corriendo la escalera en busca de Pedro, que le esperaba ya; y no fué poca su sorpresa al ver la



yunta de Pedro, compuesta de dos hermosos bueyes uncidos á un ligero carricoche. El joven, que tenía en la mano un látigo en vez de riendas, saltó á tierra al ver á Jaime, y un momento después los dos estaban cómodamente sentados. Pedro arreó á sus bueyes, y el vehículo se alejó á buen paso.

Arturo no había hecho nunca una excursión tan agradable, y cuando volvió á casa rogó á su compañero que le llevara á paseo siempre que pudiera, lo cual le fué concedido. De regreso á la ciudad, habló mucho, á sus amiguitos, de Pedro y de su curiosa yunta.

### LOS PAJARILLOS

—Papá,—decía un niño, señalando seis graciosos pájaros que avanzaban saltando sobre la nieve;—¿dónde se ocultan y dónde duermen esas avecillas, y cómo pueden resistir las heladas á pesar de su delicado cuerpo? Diariamente los veo venir. Se introducen en el gallinero y comen lo que los pollos dejan, por lo cual se conservan, sin duda, tan gorditos. La cocinera dice que son muy buenos con arroz, pero yo preferiría morirme de hambre antes que comerme uno solo de esos pobres pajarillos.

—Esas avecillas, hijo mío, son algunas de aquellas que no abandonaron el país cuando los vientos silbaban y el tiempo comenzaba á ser lluvioso. Ahora viven en sus ocultos nidos, y sólo salen de ellos para buscar su alimento: por eso los ves todos los días picando los granos que las gallinas dejan; y, ya que te interesas tanto por los inocentes pajarillos, yo me cuidaré de que la cocinera no les haga el menor daño.



### LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

—Hé ahí diez, creo yo: bueno. Cada uno de vosotros me detesta, pero esto no cambia en nada mis intenciones. Sostendré mi reputación de franco y leal comerciante inglés por respeto á mi persona... no por amor á vosotros. No tengo necesidad del dinero de la difunta: bástame con mi fortuna y mi comercio, sin correr tras de las herencias. ¿Por qué atormentabais á una pobre moribunda? Si os hubieseis portado mejor, mejor os hubiera tratado ella; pero bastante hay por ahora. Cada uno de vosotros cobrará la suma de mil guineas, de la cual deducirá cincuenta libras para entregar á esa generosa niña. Estoy seguro de que sentiréis la injusticia con que habéis obrado con ella.

Los asistentes estaban harto interesados en contentar al Sr. Crumper para no hacer, uno más que otro, justicia á Paulina, llegando algunos hasta declarar que jamás habían tenido la menor sospecha de ella, mientras otros echaban la culpa á los falsos informes que habían recibido de la pérfida Marta. Así, todos consintieron en dar las cincuenta guineas deducidas de lo que le tocaba, como una especie de homenaje al mérito de Paulina.

Dueña entonces de quinientas guineas, exclamó:

—¡Oh, querido padre! ¡No permaneceréis ya por mucho tiempo en una casa de caridad! ¡Mañana será el día más feliz de mi vida!... No sé cómo expresaros, señor, las gracias á que os soy acreedora,—añadió volviéndose hacia su bienhechor.

—Me habéis dado las gracias como debíais y como más me gusta,—dijo el comerciante sencillamente;—y ahora no hablemos más del asunto.



Paulina se calló para no contrariar al Sr. Crumper, pero estaba impaciente por contar su buena suerte á su hermano Francisco y á su caro Mason. Así, quiso volverse á Monmouth con el Sr. Barlow, con la esperanza de verles lo más pronto posible.

—Encontraréis á vuestro hermano muy ocupado en arreglar papeles á fin de extender un contrato matrimonial,—dijo sonriendo el digno procurador.—y haréis bien en guardar vuestras buenas noticias hasta que haya terminado su faena, ó bien me va á cometer todavía más equivocaciones que vuestro amigo Mason cuando redactó el preámbulo de testamento de la Sra. Crumper. Creo que conviene impedir que os acerquéis demasiado á mis pasantes, Pauli-



La yunta de Pedro

na Frankland; porque me parece que cometen siempre garrafales yerros así que estáis tan solamente á veinte pasos.

Sin embargo, el contrato estaba terminado. El Sr. Barlow, entrando en su bufete, examinólo con cuidado; y como lo encontró perfectamente en regla, envió á Francisco á llevarlo inmediatamente á casa del Sr. Folingsby.

Cuando Francisco llegó, el Sr. Folingsby estaba solo.

—Sentaos, os ruego, caballero,—le dijo.—Aunque nunca he tenido el gusto de veros, vuestro nombre, sin embargo, me es bien conocido. Sois el hermano de Fanny Frankland. Es una encantadora y excelente joven. Tenéis motivo para estar orgulloso de vuestra hermana, y sé de ello alguna cosa, yo, que os hablo.

Contóle entonces lo que había pasado entre ellos en casa de la Sra. Hungerford, y terminó diciendo que sería feliz con poder prestarle algún servicio á él ó á su familia.

(Se continuará)



## SOLUCIONES Á LAS CHARADAS DEL NÚMERO ANTERIOR

1.<sup>a</sup>, Calamares.—2.<sup>a</sup>, Dominica.—3.<sup>a</sup>, Semanario.—4.<sup>a</sup>, Charada.—5.<sup>a</sup>, Astronomía

## PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

## LOGOGRIFOS

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 = Nombre de varón.  
 2 3 1 6 7 8 9 = Nombre de varón.  
 1 2 3 4 5 8 = Verbo.  
 1 2 3 8 9 = Cosa precisa en todos los edificios.  
 7 3 5 6 = Dignidad eclesiástica.  
 1 6 5 = Nombre de mujer.  
 1 8 9 = Juego de niñas.  
 8 3 = Nota musical.  
 9 = Vocal.

MARÍA GUILLÉN

- 7 = Consonante.  
 5 4 = Adverbio.  
 1 2 5 = Animal.  
 1 2 4 5 = Mal hombre.  
 3 4 5 2 7 = En la tierra.  
 1 2 3 4 6 5 = Vehículo.  
 1 2 3 4 5 6 7 = En las afueras.  
 3 6 5 2 1 6 = Un principado.  
 7 4 3 6 5 = Nombre de varón.  
 3 4 1 6 = Animal.  
 5 6 7 = Pronombre.  
 7 4 = Nota musical.  
 1 = Cifra romana.

ANGEL ULLASTRES



Los pajarillos

## CHARADAS

Por el *prima* se incendió  
 un *dos* y *tres* de papel  
 que á *cuarta* y *cuarta* se alzó  
 en un teatro, y murió  
 un *todo* del susto aquel.

*Prima prima dos y dos:*  
 ¿que te dé *tercia* pretendes?  
 Quítate antes ese *todo*  
 ó llevarás un cachete.

CARP

Mi fiel amigo *todo:*  
 esta charada,

si tienes *dos* y *cuarta*,  
 ves descifrada.  
 Y no me admira  
 que una y *tercia* á las aves  
 salva la vida.

HERMILIA HERNÁNDEZ

Mi querido amigo Pepe:  
*prima prima*, has de saber  
 que aunque quieras no me peta  
 la *primera* con la *tres*.  
 Repetidas *prima* y *dos*,  
 pese á quien pese has de ver.  
 Junto á *segunda* con *tercia*

una seta me encontré:  
 se la llevé á un cocinero  
 y me la pagó muy bien,  
 pues él me dió una peseta  
 y yo un *todo* saqué.

MANUEL LUIS VICIOSO

*Tercia dos y prima* lo es  
 el que con serenidad  
 afronta cualquier peligro  
 de cualquiera calidad.  
 El *todo*, en tierra española,  
 nombre de una capital.

M. GUILLÉN

Las soluciones en el número próximo

**ADVERTENCIA.**—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

**ADMINISTRACION:** Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA.  
 RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.